

ACCIONAR ESPERANZA

O de la desobediencia como motor y bálsamo.

*Concéntricas canciones mis memorias
(y después las canciones que he olvidado)*

(...)

aprendí y aprenderé voy aprendiendo

(...)

Y me deben pentagramas de esperanza

Eduardo Darnauchans. **Prosa**. 1989.

Los griegos, al menos si atendemos los vestigios narrativos al respecto, tenían una relación algo complicada con la dimensión de esperanza, y los mitos perpetuados parecerían dar cuenta de esta ambigüedad. Su origen entra escena en forma relativamente tardía con la fábula de Hesíodo, en la que la desobediente y banal Pandora libera los males pero conserva en su ánfora la esperanza. Sin embargo, los mitos tienen muchas caras y Pandora (“dadora de todo”) comparte atributos con Rea, diosa de la tierra, venerada con ese título en Atenas. Su activa desobediencia es también la de Eva (“dadora de vida”) en su mutua condición de hacedoras de catástrofes y dones infinitos, como ingresar a la muerte en la realidad humana, pero también a la historia, a la acción y el libre albedrío.

La cristiandad parecería haber llegado, posteriormente, para pulir ambivalencias y desobediencias, y de la mano de San Pablo, San Agustín y sobretodo Santo Tomás de Aquino, dotar a la esperanza de la faz de una virtud cardinal. Adormecedor lugar donde quedarse a esperar una incierta eternidad, tan estática que en los emblemas y grafismos paleocristianos se representa como un ancla.

¿Pero entonces... qué hacemos nosotros aquí? ¿Hacia dónde van estas palabras cuando incluso Cortázar pareció sumarse a la desconfianza en este espejismo inerte (“Las esperanzas, sedentarias, se dejan viajar por las cosas y los hombres, y son como las estatuas que hay que ir a ver porque ellas no se molestan”) y eligió eliminarlas, no de su universo pero sí del título, donde inmortaliza a los Cronopios y a las Famas? Volvamos a la narración mítica inicial y a aquello de que los cuentos tienen muchas capas, infinidad de sentidos y que existe otro relato, más antiguo, otro recipiente, otra mujer portadora, la diosa Tierra involucrada también y el resultado inverso: la pérdida de la esperanza sume a los personajes en la locura y la muerte¹ ¿Cómo conciliar, decíamos, este extraño recorrido por la historia de la Esperanza? La clave parecería estar en el retorno a las primigenias “dadoras” a la vez que al humanismo radical, comprometido y activo que genera justamente no ya un ancla sino un motor accionador y productivamente desobediente. Reivindiquemos entonces la **esperanza paradójica**² que solo sobrevive, tiene sentido, en la actividad y red. En épocas de colectivos adormecidos, una **Feria Cósmica**, consteladora de nuevos mitos, propicia que irradian vínculos en resistencia. El sagrado accionar será así el disidente acto de la virtud, ya no continentada en su sumisa ánfora sino comprometida firmemente en el aquí y el ahora.

Verónica Panella. Montevideo, Setiembre 2021.

1 Ver el mito menos conocido de Filis y Demofonte y las consecuencias también fatales de perder/traicionar la esperanza

2 Erich Fromm, “La revolución de la esperanza”. FCE, México, 1970